

Conocí el museo muy de pequeña, casi sin entender muy bien qué era lo que estaba visitando, no recuerdo ya quién me llevó y acercó a ese espacio, pero recuerdo bien el momento y la conexión que generé con los objetos allí expuestos. Todos eran simples, cotidianos...era un espacio donde se había detenido el tiempo.

No sabía aún explicar qué me atraía de ellos, y jamás imaginé que algún día los volvería a encontrar, pero ya desde otro lugar, desde lo profesional.

Un día me fascinaba con ellos de niña imaginando quiénes fueron sus dueños, en qué casa estuvieron, de qué momentos fueron partícipes y de pronto estaba allí descubriéndolos nuevamente de adulta. Con cada caja que abría en los depósitos, se abría un mundo de recuerdos, y ahora mi tarea era no solo apreciarlos e imaginar qué historias tenían para contarme, sino que también tenía la oportunidad de cuidarlos, registrarlos, investigarlos y velar por su conservación en el tiempo.

Hoy día me siento enlazada al museo más que nunca, identificada con este espacio que conserva la historia cotidiana, que entiende así como yo entiendo, que el valor de los objetos que resguarda no se basa en su material, si es más caro, si es más extraño o exclusivo...su valor es emocional, es un lugar donde se coleccionan recuerdos, y es por eso que he tomado la iniciativa y tenido el honor de que aceptaran muchos de mis recuerdos familiares y hallazgos hechos en este tiempo, para que allí puedan seguir viviendo para siempre, alimentando nuevos descubrimientos y nuevas historias de quienes los visitan.

Melisa Perezlindo

Personal de Conservación y Restauración de Museos Municipales